

inquisidores el alma de sus vasallos. Así tuvo que caer, que arrastrarse, que pedir perdón, que presentarse en camisa delante del clero y que admitir como un castigo la pérdida de todos sus territorios, excepto la ciudad de Tolosa, reservada como un mero honor, y la ida á Tierra Santa á pelear cinco años con los infieles. Entretanto, aquel Domingo de Guzmán, á quien el historiador Villani creía una de las dos estrellas vistas y anunciadas por la Síbila Eritrea, fundaba contra todas las reglas del derecho, contra todos los principios del procedimiento racional, aquella Inquisición odiosísima, que nombraba jueces misteriosos, que admitía la delación secreta, que elevaba á cargo de sospecha, que infligía castigos á los mismos objetos inanimados si eran pertenecientes á los herejes y que organizaba la peor y más temible de todas las tiranías, la tiranía sobre la humana conciencia.

Italia recogió los albigenses que huían de Francia, pero en Italia mismo la persecución les pisaba los talones. Gregorio IX los excomulgó nuevamente y no sólo á ellos, sino á cuantos les prestaban auxilio y asilo. Juan de Vicencia, predicador á quien sus cofrades atribuían el milagro de haber resucitado diez muertos putrefactos, no hizo en realidad más que abrasar sesenta herejes vivos. El hermano Raimundo, provincial de los dominicanos de Provenza, cazó á los albigenses, como si cazara alimañas y sacrificó á diez y nueve de ellos sin dar cuenta á ningún tribunal ni pedir consejo á ningún nacido. Ciento ochenta y tres murieron en Monte Bodomari dando con sus gestos, con sus rechinamientos de dientes, con sus dolores terrestres regocijo á prelados y á reyes, reunidos para presenciar semejante holocausto. Así, cansados de matar los ortodoxos quisieron oprimir de alguna manera á los albigenses y no encontrando otro medio, llenaron con ellos las prisiones existentes y erigieron otras nuevas. La saña trascendía á la eternidad. Los restos de Arnaldo de Pungilupus fueron desenterrados sin piedad y quemados con pompa. Veinte años duró la persecución y en estos veinte años para desarraigar una idea del fondo de la conciencia, no tuvieron más medio que desolar los campos y arruinar los pueblos. La guerra eterna se organizó con la Inquisición implacable. Los inquisidores pudieron interpretar las leyes eclesiásticas y proceder con la peor de las tiranías, con una tiranía que tiene por raíz el dogma y por víctima la conciencia. Los parientes en cuarto grado de los herejes viéronse perseguidos aunque resultaron ortodoxos. Las casas donde habitaba un hereje, fueron quemadas con todas las circunvecinas. Inocencio IV prescribió que toda la torre donde hubiera parado, aunque por casualidad, un enemigo de la Iglesia, se demoliera en el acto y se sembrara de sal todo el sitio ocupado por sus cimientos. Los que veían los campos talados, las viviendas destrozadas, las torres derruidas, las poblaciones hechas madrigueras, los ciudadanos heridos é inmolados, podían imaginar que acababan con una idea por el hierro y el fuego. Mas no había sino seguir las huellas de los proscriptos para ver cómo dejaban un resplandor en su derrotero; no había como escuchar al través de las paredes de un calabozo para persuadirse á creer cómo las ideas hendían y taladraban las piedras; no había

como escarbar las cenizas para penetrarse de que las carnes se achicharraban, de que la sangre se consumía, de que los huesos se calcinaban, pero el pensamiento etéreo é impalpable prevalecía sobre todas las persecuciones y suscitaba nuevos creyentes dispuestos á abrazar el martirio, los cuales se transmitían de uno en otro el pensamiento capital de su época, y preparaban sin sentirlo, sin conocerlo, sin adivinarlo siquiera, por providenciales inspiraciones, la revolución universal.

Imperio, Cristianismo, Pontificado, Cruzados, Monarquía, renovación religiosa, triunfo internacional de esta renovación en la paz Westfalia, Parlamento inglés, revolución americana; todo cuanto en las edades modernas hicieron los pueblos por la estabilidad ó por el progreso, todo ha costado mucho más de sangre y de lágrimas al mundo que la regeneradora y saludable revolución francesa. No pertenezco yo al número de los dogmatizantes, empeñados en que antes de la revolución el espíritu era como espesísima noche, donde brotó, súbita é inesperada, la esplendente luz revolucionaria; y el mundo, como callado cementerio, á donde la revolución llevara su calor despertando con él aquellos muertos á nueva y mejor vida: el movimiento francés, cuyo empuje, no sólo determina todos los hechos de la primer mitad del siglo, determina también todos los hechos del siglo entero, aparece como un corolario de lo anterior á su advenimiento y como un prólogo de lo posterior que pueda suceder en las edades futuras. El mayor bien, hecho por aquel creado movimiento, la extirpación del feudalismo, halla precedencias en la Historia, pues no puede negarse que llegó el feudalismo, aunque vivo y poderoso, quebrantado, á la revolución, por la obra de los Reyes, representantes en los tiempos medioevales de institución tan alta como la unidad del moderno Estado, y autores de un hecho tan trascendental como la fundación ó comienzo del elemento progresivo á que llamamos, por la suma de sus diferentes entidades, naciones. ¿No veis la diferencia, por ejemplo, que hay entre Nacionalidad y Estado? No es Nación todo Estado, ni Estado toda Nación. Así tienen Irlanda é Inglaterra el mismo Estado y no son una sola nacionalidad. Hace poco tiempo tenían Estados distintos Florencia y Nápoles, formando, á pesar de esto, por el común espíritu de sus habitantes, una sola Nación. No son, pues, lo mismo Estado que Nación. Mas, en el proceso y movimiento que forman las naciones, se necesita la formación previa de un verdadero Estado, si luego ha de formarse una verdadera nación. Por esta causa los Reyes, que desde la centuria décima-cuarta y sucesivas, contribuyeron á formar la unidad del Estado, pasan hoy con justicia por los heraldos y los bautistas de la revolución francesa, por los impulsores inconscientes del progreso universal. Todo buen ciudadano de Francia, si en sus meditaciones sobre la fuerte unidad patria, torna los agradecidos ojos del alma y del pensamiento á sus fundadores, habrá de invocar estos tres nombres, unidos con lazo indisoluble y eterno en la formación de tal obra política, como los obreros, que suelen atarse unos con otros para trabajar en la obra de construir un edificio. Luis XVI, Robespierre, Napoleón. Y entre

nosotros hicieron la unidad nacional primero los Reyes Católicos y después la coronaron los constituyentes gaditanos. Puede asegurarse que los primeros fundaron el Estado y los últimos la Nación. Pues bien, el Estado como jamás hubiera podido fundarse sin la destrucción de los Estados particulares que tenían los nobles, cuyo régimen llamamos feudalismo; y los Estados particulares jamás hubieran podido destruirse sin la idea y la fuerza de los monarcas, quienes, creyendo servir á su poder omnimodo, sin saberlo y sin quererlo, juguetes de la Providencia, cuyas leyes cumplían, instrumentos de una obra, superior á sus alcances y á sus previsiones, servían el humano progreso y el movimiento revolucionario preparaban. Brota con tal espotaneidad la idea monárquica en el mundo, que, por lo general, se conocieron sólo monarquías ó castas, así en Asia como en Egipto; y los pueblos clásicos de nuestra Europa, republicanos así el uno como el otro, empiezan y acaban por monarquías, pues empieza Grecia por los Reyes vencedores de Troya y acaba por los generales herederos de Alejandro, como empieza Roma por los Reyes de su leyenda y acaba por los Césares de su Imperio. Así, cuando los francos en Francia, los godos en España, separaron estos dos grandes territorios de Roma, estaban uno y otros modelados á estable Monarquía, la cual contaba de vida cinco siglos. Y concretándonos á España, para ofrecer mejor los datos demostrativos del grande movimiento secular que trajo á ella la Monarquía una moderna, movimiento revolucionario, veamos cómo esta institución se desarrolló aquí desde principios del siglo quinto hasta principios del siglo décimo-sexto, en el transcurso larguísimo de seiscientos años, cuyas fases políticas pueden definirse y numerarse por bien breves y sencillas fórmulas. Dominado el territorio español por la Ciudad Eterna, magüer los combates y resistencias así de vascones como de cántabros, el Imperio romano fué la primer forma que revistiera la Monarquía en España, destruido y reemplazado por Ataulfo, jefe de los godos, á quienes se necesita considerar como los menos anárquicos de la naturaleza y los más industriados de cultura entre toda la gente germánica. Su Monarquía se parece al Imperio romano, bajo cuya sombra buscaba, por enlaces matrimoniales con las princesas próximas á los dos últimos Emperadores, Arcadio y Honorio, una unión que pudiera sancionar y legitimar sus victorias. Lo que principalmente caracteriza el mundo germánico, la personalidad individual de cada germano, y el colectivo congreso de ellos en las Asambleas llamadas campos de Mayo, no reza con los godos. Traían más cantidad de individualismo, mayor práctica de gobernarse á sí propios, los germanos de las familias sajonas desembarcados en Inglaterra y los germanos de la gente franca, irruptores en Francia, que los germanos de raza goda, ostrogoda, visigoda, venidos á Italia y á España. Los que, por el Rhin, penetraban en el centro de nuestra Europa, se habían menos contaminado del espíritu latino que los entrados por el Danubio. Colonias, como la fundada por Agripina, ilustre mujer de Germánico, en las orillas del Rhin, jamás influyeron sobre la gente germana de sus riberas, como influyó la colonia del Danubio sobre la

gente germánica del primero y más caudaloso entre los ríos orientales. Augusto pregunta, dándose golpes contra las paredes en su casita particular del monte Albano, qué había hecho Varoo de sus legiones desapercibidas entre los lodazales del Rhin, y los nombres del gladiador Rávena con los nombres de Federico Barbarroja y de Lutero, muestran cuán secular fué la repulsión del germano al latino, pues no admitió el Imperio, sino diez siglos después de fundado, en la persona de sus Othones, quienes, por los Papas ceñidos y coronados con las insignias imperiales, todavía vincularon en sí mismos y en sus herederos el odio al Pontificado, armándole guerra tan terrible, como la descrita en otra parte de este mismo capítulo, como la guerra de los palios ó de las Investiduras. No tenían igual enemiga los alemanes danubianos al Imperio de César que los alemanes centrales, proponiéndose antes reemplazarlo que destruirlo. Y así, Teodorico, Ataulfo y sus herederos, imagináronse á una continuadores de la Monarquía romana, para lo cual, como profesaban la herejía de Arrio, no podían temer ni la competencia siquiera de los Pontífices católicos, recién alzados de las Catacumbas, y más poseídos entonces de su naturaleza religiosa que de su naturaleza política.

Los godos habían visto desde lejos el imperio bizantino, al pasar por los Balkanes y por la Istria y por la Dalmacia en sus correrías hacia Italia; y de cerca también habían visto el imperio romano, invocándolo, después de materialmente destruido por la entrada en Roma de Ataulfo, y poniendo estas invocaciones en la cuenta de sus títulos para continuarlo. Mas, como el medio ambiente modifica los organismos, el medio social modifica las instituciones. Por ningún modo podía, en tierra española, con gente de carácter y origen visigodos, al comenzar la Edad Media é imponerse á todos el Cristianismo, surgir un imperio romano sin atención al tiempo y al espacio, hechura del antiguo y concluido estado mental é incompatible con las transformaciones de todos los nuevos elementos sociales. Ciertamente, á pesar de haber traducido Ulfilas para uso de sus congéneres bárbaros el Evangelio al habla visigoda, los conquistadores perdieron la salvaje lengua de su cuna, tomando la sabia lengua romana; cierto que se vistieron y se ornaron al uso bizantino, como lo muestran las joyas suyas que han podido sobrenadar en el diluvio de los tiempos; mas las costumbres antiguas, no perdidas del todo; las tradiciones propias, encerradas en fórmulas orales, ó escritas así que supieron escribir los irruptores; el cristianismo arriano, que negaba la divinidad del Redentor, junto al cristianismo católico, quien acababa de escribir el símbolo de la fe en Nicea, aun hoy por nosotros confesado; todo ello, unido á las ideas y á las divinidades paganas, muertas, mas no enterradas, modificaran tanto la sustancia romana del imperio nuevo, que hacemos bien, diciendo al Estado, traído por nuestros dominadores desde la centuria quinta hasta la centuria octava, Monarquía visigoda. Y eso que, muy enamorados los vencedores de aquella civilización vencida, la cual, si no comprendían en sus inteligencias, respiraban en el aire, acercáronse cuanto pudieron á

los vencidos, paganos, por tenacidad connatural á nuestra raza, una gran parte, y otra parte considerable ya católicos, sobre todo aquellos que por Tarragona tenían un perpetuo contacto con Italia y con Africa, otro perpetuo contacto por Hispalis y Gades. El pueblo español inútilmente hubiera defendido el imperio romano, cuando no se defendió á sí propio, éste; pero supo quedarle fiel en lo posible hasta después de su muerte; afecto comprobado por el sinnúmero de paganos y católicos entonces existentes, mientras el arrianismo quedaba en la cumbre de tal gobierno como religión peculiar á los vencedores. Así, comprendiendo su aislamiento, éstos, por el cual aislamiento formaban una especie de oligarquía militar, ahogada en el Océano inmenso de la democracia romana, se apercibieron á fundirse con los vencidos y abrazaron á tal fin la religión católica, más en armonía y consonancia con sus ideas y con sus intereses que la filosofía, un tanto descarnada y positiva del prematuro arrianismo. No hay más que recordar los nombres clásicos de los preladados ortodoxos, para convencerse de que recogieron el poder, así por la superioridad en aquella sazón del dogma católico sobre su contrario el arriano, como por la superioridad intelectual, nativa casi en ellos, sobre los vencedores. Leandro, Ildefonso, Julián, Isidoro, que son gloriosos por su gobierno episcopal en Toledo y Sevilla, son gloriosísimos también por la ciencia recogida en sus santuarios de los restos flotantes sobre las irrupciones bárbaras. El godo constituyó una oligarquía militar, el romano una especie de teocracia cerrada, porque sus directores, los directores del elemento democrático, del elemento latino celta, todos abrazaban la carrera eclesiástica, donde obtenían posiciones altas sobre los vencedores, inasequibles todas ellas por las armas. Rodearon, pues, la monarquía de unos parlamentos religiosos, los cuales, pretextando de legislar sobre cánones y disciplina, legislaban en realidad sobre todo lo concerniente al gobierno y al Estado, fácil ministerio para ellos en una sociedad incipiente, indeterminada, indefinida, embrión y germen de venideras sociedades. Así, nótase inmediatamente que uno saluda la historia visigoda, cómo siempre que se debilita la monarquía, se fortalece de suyo el Concilio; y siempre que se debilita el Concilio, se fortalece la monarquía de suyo. Los Reyes guerreros apenas atienden á estas asambleas religiosas, muy raras en los reinados fuertes; y al revés, los reyes débiles suelen buscarlas con empeño y pedirlos conforten sus ánimos y mantengan su autoridad en apuros y desgracias. Mirad el tierno vástago católico de Recaredo; la torva hechura de los clérigos, que reina más tarde; otros así, á cada paso invenidos en los anales visigodos, cual se dejan ganar por los clérigos, pareciendo antes que monarcas del Estado, políticos sacristanes del templo cristiano. En cuanto un Wamba, por ejemplo, quiere sobreponer el elemento laico y militar al elemento eclesiástico, los sacerdotes le dan unas hierbas narcóticas y le afeitan la testa para que lo depongan y lo entierren vivo sus consanguíneos en las sombras espesas de los claustros. Tales situaciones traen, que los godos, muy militares, entren á su vez en la Iglesia, sigan el estado eclesiástico y pongan sus nombres

en los anales religiosos al lado del nombre de los preladados latinos como si el poder estuviera en la dignidad por ellos adquirida, y no en la ciencia por los otros heredada y reunida en los cerrados senos del santuario. Mas, así que los godos entran en las iglesias, tan alejados de todas ellas, y abrazan el estado eclesiástico, tan ajeno á su compleción; los romanos, que no pueden abrazar el arrianismo, por esencialmente repulsivo á su espíritu, recaen de nuevo en el antiguo culto pagano, abrazando la muerta religión, como pudieran abrazar el suicidio, con tal de no tener de sus dominadores cosa ninguna. Y les asiste para ello mucha razón. Mientras los preladados católicos presentaban un San Isidoro, los preladados visigodos presentaban un don Oppas. Por tanto, en todo este período, desde la irrupción bárbara por el siglo quinto hasta la irrupción árabe por el siglo octavo, tres elementos luchan en el caos de la monarquía bárbara, el recuerdo de la cesárea imperial autoridad romana con los gérmenes de la monarquía feudal y los gérmenes de la monarquía teocrática. De aquí divisiones interiores en aquella sociedad entre los militares, aspirando á una oligarquía pretoriana, y los clérigos, aspirando á una oligarquía sacerdotal. En este combate los godos son los fuertes, y son los romanos á su vez los sabios, mas unos irreconciliables con los otros. En vano el patriciado visigodo ha concebido y puesto en vigor leyes uniendo las dos razas; no llegan tales disposiciones á las costumbres, y quedan tan apartados el vencido y el vencedor como en los tiempos de la conquista. Si á los godos hay un monarca favorable, Witiza, los romanos le calumnian y le deponen, maldiciéndolo de generación en generación y deshonorándolo ante la Historia. Por eso, en cuanto aparece un Rodrigo, semi-romano y semi-godo, todo el mundo le traiciona con sus actos y lo denigra con sus palabras, inventando consejas, no sólo condenaciones terribles de su poder, denigrativas para su nombre. Vienen los árabes; el pueblo español no los combate al pronto por serles menos aborrecibles que los godos. Y un conde latino heleno, ayudado por un obispo bárbaro y por los hijos de Witiza, unidos al factor judío que se venga del vejamen antiguo infligido á él por sacerdotes y soldados y estipendia en su desquite á todos los traidores, abren el Estrecho al musulmán desde Ceuta, quedándose don Rodrigo en el Guadalete sin auxilio ninguno, y derrotado en términos que viéronle muchos pasar como un emperador asiático, acostado sobre la púrpura regia en áureo carro, y nadie lo vió morir, ni supo nadie nada del momento de su muerte y del sitio de su entierro. Por tal modo concluyó la monarquía, de carácter entre romano y bizantino, trabajada por soldados bárbaros y sacerdotes inteligentes, los cuales más entre sí la dividían que la gobernaban.

Llegan los irruptores musulmanes á las crestas pirenaicas; hasta las trasponen; y después de haber pasado una larga época, bajo emires, en guerra civil perpetua, constituyeron el Califato de Córdoba. Frente á este Califato irguiéronse, para contrastarlo primero, luego combatirlo, y después perderlo, aquellas Monarquías, que tuvieron cinco caracteres